

su grandeza y su gloria. Esta expedición era mucho más difícil que la de Egipto por causa de la distancia. Conducir en tiempo de guerra treinta mil hombres desde Tolón á Alejandría, es ya una operación considerable; pero llevarlos desde Tolón á las costas de la India, doblando el Cabo de Buena Esperanza, era una empresa verdaderamente gigantesca. Creía Napoleón, fundándose en su propia experiencia, que siendo hacia aquella parte muy poco frecuentes los encuentros por la misma inmensidad de la mar, era posible, por medio de oportunas invenciones, intentar los movimientos más atrevidos y salir bien, sin que el enemigo, por muy superior que fuese el número, interrumpiese la navegación. Así lo había verificado en 1798, pasando por entre las escuadras inglesas con varios centenares de velas y un ejército entero, tomando á Malta y abordando en Alejandría sin podérselo estorbar Nelson. Del mismo modo esperaba conseguir que llegase una escuadra hasta la Mancha. Para el buen éxito de tales empresas se requería un secreto profundo y un arte suma para engañar al almirantazgo británico; ya de largo tiempo atrás lo tenía dispuesto todo para poner á éste en una verdadera confusión de ideas. Teniendo tropas reunidas y prontas á embarcarse en todos los puntos donde hubiese escuadras, en Tolón, en el Ferrol, en Rochefort, en Brest y en el Texel, siempre estaba en disposición de encaminar un ejército sin que los ingleses lo echasen de ver, ni pudieran adivinar su fuerza y el destino que llevaba. Esta gran ventaja tenía el proyecto de invasión, que absorbiendo constantemente la atención del enemigo, no le permitía creer que pudiera ser atacado ningún otro punto más que la Irlanda ó las costas de Inglaterra. Era, pues, propicia la ocasión para intentar una de esas expediciones extraordinarias que con tan admirable prontitud sabía concebir y resolver Napoleón. Juzgaba que con quitar, por ejemplo, la India á los ingleses, conseguiría un resultado de consideración, al cual podía sin inconveniente sacrificar todos sus demás proyectos, incluso el de la invasión, y estaba pronto á consagrar todos sus recursos navales á este pensamiento. Sus cálculos sobre este punto fueron los siguientes. En los puertos de armamento había, además de las escuadras prontas á dar la vela, una reserva de naves viejas poco á propósito para la guerra activa; y había también en las tripulaciones, además de buenos marineros, marineros novicios de corta edad y reclutas que acababan de entrar á bordo de los navíos. Esta doble consideración fué la base de su proyecto. Propúsose agregar á cierto número de buques nuevos todos los que estaban fuera de servicio, pero que podían, sin embargo, hacer aún una travesía: quiso armarlos á modo de urcas, quitándoles la artillería y poniendo en su lugar una gran masa de tropas, completar las dotaciones con hombres de toda especie sacados de nuestros puertos, y de este modo hacer salir á un tiempo de Tolón, de Cádiz, del Ferrol, de Rochefort y de Brest, escuadras que sin llevar en pos un solo buque de transporte, pudieran desembarcar un ejército considerable en la India. Intentaba, pues, hacer salir treinta y cuatro navíos, trece de Tolón y veintiuno de Brest, la mitad de los cuales por lo menos fuesen viejos, y agregar á estos treinta y cuatro navíos unas veinte fragatas, la mitad próximamente fuera de servicio. Estas dos escuadras, saliendo casi al mismo tiempo y

reuniéndose en la isla de Francia, podían llevar cuarenta mil hombres, entre soldados y marineros. A su llegada á la India debían desecharse los buques que se hallaran en mal estado, aprovechando sólo los que estuviesen en disposición de navegar, que serían de los treinta y cuatro navíos unos quince, y de las veinte fragatas unas diez. Las tripulaciones por lo tanto tenían que distribuirse en dos partes; todos los buenos marineros se utilizarían para montar los buques conservados, y los marineros menos hábiles, pero útiles como soldados, servirían para completar el ejército de desembarco. Suponía Napoleón que para armar convenientemente las diez fragatas y los quince navíos destinados á regresar á Europa se necesitarían cerca de catorce ó quince mil marineros, por lo cual era preciso tener en la India unos veinticinco ó veintiséis mil hombres, de los cuarenta mil que en Europa habían salido entre soldados y marinos, y recobrar una escuadra de quince navíos, excelente bajo todos conceptos, por la calidad de los buques, por lo escogido de sus dotaciones y por la experiencia adquirida en una larga navegación. Por lo tocante á la marina no se perderían según este plan más que unos cuantos cascos inservibles y algunos desechos de tripulaciones, y se hubiera dejado en la India un ejército suficiente para vencer á los ingleses, sobre todo si le mandaba un hombre tan emprendedor como el general Decaén.

Proponíase además Napoleón enviar tres mil franceses con la escuadra holandesa del Texel, dos mil en una nueva división que se estaba organizando en Rochefort y cuatro mil españoles en la escuadra española de Cádiz, cuyas fuerzas componían un nuevo refuerzo de nueve mil hombres, haciendo subir hasta treinta y cinco ó treinta y seis mil soldados próximamente el ejército del general Decaén. Es más que probable que estando la India apenas sojuzgada, una fuerza semejante hubiera acabado en ella con el poderío británico. Por lo que hace á la travesía, nada había menos probable que un encuentro con los ingleses. Difícil hubiera sido substraerse á ellos si la escuadra de guerra hubiese tenido que llevar en su séquito algunos centenares de buques de transporte; pero los navíos viejos y las fragatas de desecho armadas como urcas dispensaban de recurrir á este medio. Descansaba, pues, el proyecto en el principio de sacrificar la parte mala ó mediana de la marina, así en lo relativo al personal como en cuanto al material, y de resignarse á regresar sólo con la parte mejor. A trueque de esto se obraba el portento de trasladar á la India un ejército de treinta y seis mil hombres. El sacrificio, todo considerado, no era tan grande como podía parecer, porque no hay un solo marino que ignore que así en mar como en tierra, y en la mar principalmente, todo depende de la calidad de las fuerzas y que se puede hacer más con diez naves buenas que con veinte medianas.

Este proyecto demoraba momentáneamente la invasión; pero era posible que favoreciese su ejecución de una manera muy extraordinaria, porque los ingleses, noticiosos de la salida de nuestras escuadras, emprenderían de allí á poco en su seguimiento desamparando los mares de Europa, mientras que la escuadra, regresando de la India con quince navíos y diez fragatas, podía presentarse en el estrecho, donde Napoleón, siempre dispuesto para cualquier coyuntura propicia, estaba acechando el más leve favor de la fortuna. Verdad es que

para esta última parte de la combinación se requería á un mismo tiempo igual suerte para ir á la India que para volver, siendo por otro lado constante que raras veces se muestra con el hombre, por grande que sea, tan generosa la fortuna. Por espacio de cuatro semanas estuvo Napoleón perplejo entre el pensamiento de enviar aquella expedición á las Indias y el de atravesar el paso de Calais. La ruina del imperio británico en las Indias se le representaba de tanta importancia, que se creía por él dispensado de arriesgar su persona y su ejército en una tentativa tan azarosa como la de la irrupción. Un mes entero estuvo, pues, dudando entre estas dos combinaciones, y su correspondencia revela la fluctuación de su ánimo entre estas dos empresas prodigiosas.

Sin embargo, dió la preferencia á la expedición de Boloña. Consideraba este golpe como más pronto y decisivo, y hasta como infalible, siempre que llegara de improviso á la Mancha una escuadra francesa. Volvió á meditar su plan, é imaginó una tercera combinación, más grande, más profunda, más plausible todavía que las dos precedentes, para reunir todas sus fuerzas navales, sin que lo sospecharan los ingleses, entre Douvres y Boloña.

Fijó su plan en los primeros días de marzo, y comunicó las órdenes oportunas. Consistía éste, lo mismo que el del Surinam, en atraer á los ingleses hacia las Indias y las Antillas, donde ya llamaba su atención la escuadra del almirante Missiessy que había salido el 11 de enero, y volver luego inmediatamente á los mares de Europa con una reunión de fuerzas superior á cualquier escuadra inglesa. Este proyecto era en cierto modo el mismo del mes de diciembre precedente, pero más en grande y más completo por la reunión de las fuerzas españolas. El almirante Villeneuve debía salir con el primer viento favorable, cruzar el estrecho, tocar en Cádiz y reunirse con el almirante Gravina con seis ó siete navíos españoles, además del navío francés *Aguila*, pasando luego á la Martinica. Caso de hallarse todavía Missiessy en este punto, debía reunirse con él, y esperar una nueva reunión, más considerable que todas las otras, que era la de Ganteaume. Éste, aprovechando el primer temporal del equinoccio que desviase á los ingleses, debía salir de Brest con veintitún navíos, los mejores de aquel arsenal, situarse á vista del Ferrol, reunirse con la división francesa escalada en este puerto y con la división española que estaría ya entonces dispuesta á dar la vela, y dirigirse hacia la Martinica, donde le esperaba Villeneuve. Verificada esta reunión general, que ofrecía pocas dificultades reales, debían juntarse en la Martinica doce navíos á las órdenes de Villeneuve, seis ó siete á las de Gravina, cinco á las de Missiessy, veintiuno á las de Ganteaume, y además la escuadra franco española del Ferrol, es decir, de unos cincuenta á sesenta navíos: fuerza enorme cuya concentración no se había visto jamás en mar ninguno. La combinación era ahora tan completa, tan bien calculada, que no podía menos de producir en el ánimo de Napoleón una verdadera exaltación de esperanza. El mismo ministro Decrés reconocía que presentaba las mayores probabilidades de buen éxito. El viento de mistral facilitaba en todo tiempo la salida de Tolón, y la última que había verificado Villeneuve lo hacía evidente. La reunión con Gravina en

Cádiz, si se conseguía chasquear á Nelson, era cosa sencilla, porque los ingleses no habían aún juzgado útil establecer el bloqueo de este puerto. De este modo, la escuadra de Tolón, compuesta de diez y siete ó diez y ocho navíos, estaba casi segura de poder arribar á la Martinica. Acababa de tocar en esta isla Missiessy sin tener más encuentro que el de algunos buques mercantes, que había apresado. Lo más dificultoso era la salida de la rada de Brest; pero en el mes de marzo era muy de esperar que se alzase algún temporal de equinoccio. Llegando Ganteaume á vista del Ferrol, bloqueado solamente por cinco ó seis navíos ingleses, debía con sus veintitún navíos quitarles toda idea de combatir, reunirse sin hacer un solo disparo con la división francesa comandada por el almirante Gourdón y con los españoles que estuviesen ya dispuestos, y dirigirse después á la Martinica. No podía ocurrírseles á los ingleses que se tratara de reunir en un solo punto como la Martinica una fuerza de cincuenta ó sesenta navíos, y era probable que todas sus conjeturas se dirigiesen hacia la India. Mas aunque así no fuera, una vez reunidos Ganteaume, Gourdón, Villeneuve, Gravina y Missiessy, cualquier escuadra inglesa con que tropezaran, que se compondría de doce ó quince navíos á lo sumo, no querría haberse las con una escuadra de cincuenta naves de alto bordo, y por lo tanto era seguro el regreso de éstas á la Mancha. Conseguido esto, todas nuestras fuerzas iban á hallarse reunidas entre las costas de Francia é Inglaterra, en el momento en que las escuadras de esta última nación se dirigiesen al Oriente, á la América ó á la India. Los acontecimientos probaron en breve que esta gran combinación era realizable, aun medianamente ejecutada.

Tomáronse todas las medidas para que este plan quedase en el más profundo secreto; ni siquiera se comunicó á los españoles, comprometidos á seguir dócilmente el impulso que les diera Napoleón. Solamente Villeneuve y Ganteaume, entre los almirantes, debían llegar á saberlo, pero no á su partida, y sí sólo cuando se hallasen en la mar de todo punto incomunicados con la tierra; entonces sabrían, por los despachos que les dieran, con orden rigurosa de no abrirlos hasta hallarse en cierta latitud, el rumbo que debían seguir. Entre los capitanes de navío, ni uno solo estaba iniciado en el secreto de la empresa; sólo se les daban puntos de reunión para el caso de una dispersión. Tampoco sabía el plan ningún ministro, excepto el almirante Decrés á quien se había encargado expresamente seguir una correspondencia directa con Napoleón, escribiendo sus despachos de propio puño. En todos los puertos cundía el rumor de una expedición á la India. Fingíase embarcar numerosas tropas, cuando en realidad la escuadra de Tolón sólo tenía orden de recibir á bordo tres mil hombres apenas y la de Brest unos seis ó siete mil. Habíase mandado á los almirantes dejar la mitad de esta fuerza en las Antillas para reforzar sus guarniciones, y volver á Europa con cuatro ó cinco mil soldados escogidos para agregarlos á la expedición de Boloña.

De este modo podían las escuadras maniobrar con desembarazo y holgura. Todas ellas tenían víveres para seis meses, de manera que podían recorrer los mares mucho tiempo sin verse precisadas á escalar en parte alguna. Enviáronse expresos al Ferrol y á Cádiz, con la

orden de disponerse sin tardanza y de mantenerse á punto de levar el ancla así que una escuadra amiga hiciese levantar el bloqueo, lo cual se anunciaba como probable, sin decir cuál ni cómo.

A todas estas precauciones para dejar burlados á los ingleses se agregaba otra, no menos eficaz probablemente, que era el viaje de Napoleón á Italia. Suponía éste que sus escuadras, saliendo de los puertos hacia fines de marzo é invirtiendo todo el mes de abril en trasladarse á la Martinica, el de mayo en reunirse y el de junio en regresar, se presentarían en la Mancha hacia principios de julio. El debía permanecer todo este tiempo en Italia, pasando revistas, haciendo festejos y ocultando sus profundas miras bajo las apariencias de una vida de regalo y ostentación, tomar luego la posta secretamente en el momento prefijado, trasladándose en cinco días desde Milán á Boloña; y, cuando aún se le creyese entretenido en Italia, aterrar á la Inglaterra con el golpe con que la estaba amagando hacia tanto tiempo. Eran tantas las veces que ésta había esperado aquel golpe en los dos últimos años, que ya empezaba á no temerlo. La Europa no lo consideraba más que como una amenaza calculada para conmovir al pueblo británico y obligar á aquella nación á desvirtuarse con inútiles esfuerzos. Mientras se iba consolidando esta creencia, Napoleón por el contrario, iba sin cesar aumentando el ejército del Océano, sacando de los depósitos fuerzas para engrosar los batallones de guerra, y llenando por medio de nuevos alistamientos los huecos que en los depósitos resultaban. De este modo, el ejército de Boloña se encontró reforzado con cerca de treinta mil hombres, sin que nadie lo sospechase; porque era tal la actividad en que continuamente le tenía, que apenas era posible echar de ver cuándo aumentaba ó disminuía su fuerza efectiva. Iba, pues, haciéndose cada día más general la idea de que Napoleón sólo se proponía intimidar á Inglaterra.

Dispuestas así las cosas, con la resolución más enérgica de acometer la empresa y con una fe profunda en su buen éxito, se preparó Napoleón á partir á Italia. El papa había permanecido todo el invierno en París; primeramente había pensado ponerse en camino hacia mediados de febrero para regresar á sus Estados, pero las abundantes nieves que cubrían los Alpes fueron motivo para hacerle que se detuviera más tiempo. Supo Napoleón rogarle con tan halagüeñas demostraciones, que el Santo Padre cedió á sus deseos y consintió diferir su marcha hasta mediados de marzo. No sentía el emperador que echase de ver la Europa lo prolongado de aquella visita, ni que aumentase cada día su intimidad con el pontífice, ni por último que permaneciese en su compañía aquende los Alpes, mientras los agentes franceses disponían en Milán la segunda coronación. La corte de Nápoles, la de Roma y aun la de Etruria no podían mirar sin pesadumbre la fundación de una vasta monarquía francesa dentro de la Italia; y tal vez el mismo papa si se hubiese hallado en el Vaticano rodeado de sugerencias de todo género, se hubiera visto arrastrado á mostrarse contrario á semejante proyecto.

Pío VII, después de haberse granjeado completamente la confianza de Napoleón, concluyó descubriéndole sus secretos deseos. Agradecía infinito los honores

tributados á su persona, los cuales redundaban en provecho de la religión; alegrábase del bien que parecía haber producido su presencia, y de todo cuanto el nuevo emperador hacía en Francia para cooperar á la restauración del culto; pero Pío VII, á pesar de ser un santo, era también hombre, y sobre todo era príncipe, y el triunfo de los intereses espirituales, aunque le colmaba de satisfacción, no era bastante á hacerle olvidar los intereses temporales de la Santa Sede, la cual sufría grandes estrecheces desde la pérdida de las Legaciones. Habíanle acompañado á París seis cardenales (1), uno de los cuales, el cardenal Borgia, había muerto en Lyon. Los otros restantes, y sobre todo los dos cardenales Antonelli y di Pietro, eran del partido ultramontano y muy contrarios al cardenal Caprara, que tenía demasiadas luces y prudencia para confrontarse con ellos; éstos habían inducido al papa á ocultar á Caprara los pasos que daba, á pesar de que por su carácter de cardenal legado debía estar enterado de cuantas negociaciones se entablaran en París. Caprara en verdad no les hubiera enseñado medio alguno de salir adelante con sus proyectos, porque todo cuanto podía hacerse para bien de la Iglesia, ya Napoleón lo hacía espontáneamente y sin que se le instara; pero si les hubiera disuadido este prudente personaje, lleno de experiencia, de hacer tentativas inútiles, siempre enojosas por ser las más de las veces causas de disensiones.

Empezaron dogmatizando con Napoleón sobre las cuatro proposiciones de Bossuet, cuya anulación se decía haber prometido Luis XIV al terminar su vida. Mostróse el emperador asequible en cuanto á la forma, pero inflexible en la esencia, y dejó entrever que no había nada que esperar tocante á la revocación de los famosos artículos orgánicos. Faltaba el modo de ejecutarlos, y parecía dispuesto á oír cuantas observaciones se le hicieran sobre este punto. Se le habló primero de la jurisdicción de los obispos sobre los eclesiásticos, que no le parecía á Pío VII bastante completa, sobre lo cual ya otras muchas veces le habían hablado; y Napoleón, concertando sus respuestas con Mr. Portalis, contestó que todo delito espiritual quedaba y quedaría siempre bajo la jurisdicción eclesiástica; pero que sólo los tribunales ordinarios continuarían conociendo de todos los delitos civiles, por ser los clérigos ciudadanos como los demás y estar bajo este concepto sujetos á la ley común. Se trató después de los seminarios, del escaso número de los ministros del culto, y por último del estado de los edificios sagrados, abandonados hacía veinte años y actualmente amenazando ruina. Se dijo que eran menester treinta y ocho millones de francos anuales para las necesidades del culto, cuando en el presupuesto del Estado sólo se asignaban trece para esta atención, lo cual ocasionaba un déficit de veinticinco millones. Napoleón contestó enumerando lo que en esta materia había hecho, y lo que se proponía seguir haciendo á medida que fuesen aumentando las rentas del Estado. En seguida se trató del divorcio, permitido por nuestras nuevas leyes, y de otros varios asuntos extraños á los artículos orgánicos y á su ejecución. Napoleón, siempre de concierto con Mr. Portalis, dijo que el

(1) Los seis cardenales que habían acompañado al papa eran: Caseldi, di Pietro, Braschi, de Bayane, Antonelli y Borgia. (N. del T.)

divorcio le había parecido indispensable al legislador para remediar ciertos desórdenes de costumbres, pero que los clérigos quedaban en plena libertad de rehusar la bendición sacramental á los divorciados que quisiesen contrar nuevo enlace; que por lo tanto no se hacía coacción á la conciencia de los sacerdotes; pero que por otra parte esta no era una doctrina contraria al dogma, puesto que la antigua Iglesia la había admitido. Después de esto, se habló de la observancia de los domingos y festividades, que á pesar del restablecimiento del calendario gregoriano no era muy general entre el pueblo. Respondió Napoleón que ya á fines del último siglo las costumbres, más poderosas que las leyes, habían producido cierta relajación en este punto, por lo que era muy común, aun antes de la revolución, ver á los jornaleros trabajar en domingo; que los castigos en esta materia eran de menos eficacia que el ejemplo; que el gobierno procuraría siempre darlo bueno, haciendo que los jornaleros pagados por el Estado no trabajasen los días festivos; que el pueblo campesino observaba fielmente el domingo, aunque el de las ciudades fuese en esto menos escrupuloso; que obligar en las poblaciones á estar ociosos á los obreros daría por resultado, además del inconveniente de tener que hacer uso de las leyes penales, que ganarían la embriaguez y los vicios el tiempo que se quitase al trabajo; por último, que se intentaría todo cuanto permitiese una política religiosa, pero prudente.

Se procedió á tratar del asunto de la educación, y se pidió que el clero tuviese facultad de vigilar las escuelas. Napoleón respondió que había capellanes en los liceos, elegidos entre los clérigos conformes con la doctrina de la Iglesia, que serían por aquel mero hecho los inspectores eclesiásticos de las casas de educación, que podrían designar á sus obispos respectivos aquellas cuya enseñanza religiosa dejase algo que desear, pero que sobre los establecimientos de educación no habría otra autoridad más que la del Estado. Dijéronse también algunas palabras sobre los obispos que no estaban acordes con la Santa Sede, y se convino en que se los haría de grado ó por fuerza volver al estado pacífico en que Napoleón quería absolutamente que viviese el clero todo. Aquella serie de cuestiones de interés espiritual concluyó con la discusión de un proyecto que tenía incesantemente preocupada á la corte de Roma, y era el de conseguir que se declarase la religión católica religión dominante en Francia. En esto se mostró Napoleón inflexible. En su opinión, la religión católica era la dominante de hecho, puesto que era la que profesaba la mayoría de los franceses; era además la que profesaba el soberano, y todos los actos principales del gobierno, como por ejemplo la misma coronación, se habían celebrado con la magnificencia y pompa de aquel culto; pero una declaración de esa especie era capaz de difundir la alarma entre todos los cultos disidentes, y lo que él principalmente deseaba era asegurar la tranquilidad de todos ellos. No podía consentir Napoleón que el restablecimiento del culto católico, que siempre había deseado abiertamente, acarrease la menor desconfianza para ninguna de las religiones existentes.

Sobre todos estos puntos estuvo Napoleón tan halagüeño en palabras como enérgico en sus propósitos. Llegó por fin su turno al más esencial de todos los ne-

gocios, al que interesaba á Roma más que todos los puntos de disciplina eclesiástica, á saber, el de las Legaciones. Redactóse un informe que el mismo Pío VII puso en manos de Napoleón, relativo á las pérdidas que la Santa Sede había sufrido durante el último siglo, así de rentas como de territorios. Enumerábanse en él los diversos derechos que antes percibía la Santa Sede en todos los Estados católicos, y que por influjo del espíritu francés habían padecido disminución ó cesado de todo punto, así en Francia como en Austria y en la misma España. Recordábase de qué manera se había visto frustrada la Santa Sede en su derecho al ducado de Parma una vez extinguida la casa de los Farnesios; alegábase la privación, más antigua, del condado Venesino, cedido á la Francia; citábase la más considerable de todas las pérdidas, que era la de las Legaciones, trasladadas á la república italiana. Cercenada de esta manera, declábase, no podía ya la Santa Sede hacer frente á los gastos forzosos de la religión católica en todas las partes del mundo. Ni podía poner á los cardenales en posición de mantener su dignidad, ni sustentar las legaciones extranjeras, ni ocurrir á la defensa de sus débiles Estados. Contábase con que el nuevo Carlomagno no cedería en munificencia al antiguo. Al llegar á esto no supo Napoleón hacerse superior al verdadero embarazo que una demanda tan directa le causaba. Nada había prometido para atraer el papa á París; pero si había dado esperanzas en todas épocas, y de una manera general, de que mejoraría la situación material de la Santa Sede. Devolver las Legaciones á la corte era cosa imposible, á menos de dejar indignamente vendida á esa república italiana que había fundado él mismo y de la cual iba á ser monarca. Hubiera sido destruir todas las esperanzas de los patriotas italianos, que veían en este nuevo Estado un comienzo de existencia independiente para su patria; pero tenía á su disposición el ducado de Parma, que no quería conceder ni á la casa de Cerdeña como indemnización del Piamonte, ni á la España como acrecentamiento del reino de Etruria, y que en la actualidad reservaba para dotar á uno de su familia. Prudente hubiera sido sin duda indemnizar con él á la casa de Cerdeña, ó bien agregarlo á la Etruria obligando á ésta á indemnizar á la otra con la tierra de Siena. Hubiérase de este modo comprado la paz con la Rusia y proporcionado al propio tiempo á la España un motivo de verdadero júbilo; pero renunciando á toda contemplación con la Rusia, que acababa de retirar á su encargado de negocios, y á dar satisfacciones á la España, cuya inercia no bastaban á vencer los mejores tratamientos, hubiera sido digno de las elevadas miras de Napoleón el dar el ducado de Parma al papa. Cediéndole á la Santa Sede exponía Napoleón á toda clase de censuras sus planes con respecto á Italia, pero destruía el principal argumento que se empleaba con el Austria para trabar una nueva coalición europea, y, lo que no era menos importante, se ganaba para siempre al papa, y evitaba aquel malhadado rompimiento con la Santa Sede que más adelante le acarreó un daño moral inmenso: rompimiento que no tuvo en realidad otro origen más que el disgusto mal disimulado de la corte de Roma en aquella época. Cualquiera de estas cosas era preferible á reservar el ducado de Parma para dotar á un indivi-